EL COMBATE.

BOLETIN DEL EJERCITO RESTAURADOR DEL ORDEN.

Granada, junio 3 de 1893. Núm. 28

TALIS VITA, FINIS ITA.

Cautivo aquel hombre de su propio crimen y con los ojos vendados, agarróle el Destino inexorable, que no es en definitiva más que la lógica; y éste le entregó á los negros acontecimientos, que se pusieron á jugar con él como con una pelota, hasta que fué á estrellarse contra el oprobio insondable.

V. Hugo.

El miércoles 31 de mayo próximo pasado se firmó en Sabana-Grande por nuestros comisionados [Alvarez, Rivas y César] y los tres del usurpador [Barrios, Saballos y Aguilar], el convenio por el cual se pone fin á la guerra, y que viene á ser, en sustancia, la vergonzosa capitulación del Doctor Don Roberto Sacasa.

Mañana publicaremos ese convenio, que puede resumirse así: 1º separación absoluta de Sacasa del poder; 2º una Junta de Gobierno compuesta de cinco personas regirá al país mientras se convoca [en un plazo que no ha de pasar de cuatro meses] una Asamblea Constituyente que elegirá al Presidente de la República.

La revolución, siempre magnánima, no quiso que la humillación y vergüenza del tiranuelo llegasen al último límite, y consintió, conociendo la pueril vanidad y el escaso meollo de Sacasa, en que el Licenciado Barrios estampase en el referido convenio vocablos que, en realidad, no tienen sentido ninguno, ó significan cosa muy diferente de lo que en apariencia expresan. Así, por ejemplo, se dice en el pacto de Sabana-Grande que "Sacasa *deposita* el poder en Don Salvador Machado," lo cual no es exacto, pues todo el mundo sabe, y Sacasa mejor que nadie, que no es un *depósito* el que hace, sino dejación absoluta del elevado puesto que con su conducta infame deshonró. No volverá á el jamás, y bien claramente lo están indicando otras cláusulas del mismo convenio.

Pudimos haber vencido materialmente y por completo en buena guerra al usurpador; pero quiso la revolución evitar que se derramase más sangre nicaragüense y sufriesen mayores quebrantos todos los grandes intereses nacionales. Sabiendo que sustancialmente Sacasa capitulaba, poco nos curamos de la forma de su sometimiento.

El pobre hombre, en su fatuidad é ignorancia, parece no darse cuenta cabal de toda la ignominia de sû caída. Está ahora dirigiendo telegramas en todos direcciones, despachos risibles en los que dice que ha *firmado paz honrosa y constitucional.* Paz honrosa, y cae como cobarde y menguado, poniendo á salvo solamente su caja y su persona! Y cae mintiendo como ha vivido siempre, pues se atreve á comunicar á los presidentes de las repúblicas de Centro-América que ha *depositado* el poder que le hicimos dejar por la fuerza para siempre jamás. Llama Sacasa *constitucional* á un convenio que altera provisionalmente la forma de gobierno de la República, y que estatuye se convoque luego una Asamblea que va á nombrar el sucesor de este siniestro farsante.

El *talis vita, finis ita* se está realizando en Roberto Sacasa. Termina su vida pública exactamente lo mismo que la inició y tal como fué durante todo el curso de ella: termina en la mascarada, en el embuste vergonzoso, en la ostentación grotesca de una vanidad sin paralelo, en el oprobio en fin. ¡ Mentira pararece ahora que nos mandó por cuatro años un histrión semejante!

Durante los 31 días de la guerra no sale un minuto de su alcoba; desde el fondo de ella, temblando de miedo, dice por el teléfono á sus capitanes, que se hallaban á 24 millas de distancia: *Carguen, carguen!*, y luego, cuando suena la hora del vencimiento, cuando bajo el tacón de su enemigo pide gracia para su persona y garantías para su caja repleta de los escudos de la nación, se levanta del suelo muy ufano, sacudiéndose el polvo, y participa al mundo entero que ha *firmado paz honrosa y constitucional.* Díganos, por Dios, si todo esto no es digno de ponerse en aleluyas con música de zarzuela!

Hoy Nicaragua respira á plenos pulmones; recuerda que por espacio de casi un cuatrienio estuvo entre los brazos de un asqueroso y repugnante mono sabio, que la envolvía en su enorme cola, la besuqueaba, la mordía, la arañaba, y le sacaba las pesetícas de la faltriquera; piensa estremecida de horror y asco en ese pasado de ignominia, y se siente como el que acaba de salir de larga y angustiosa pesadilla.

FLAQUEZAS HUMANAS.

(COLABORACION.)

Cosas tenedes, el Cid,
Que harán fablar las piedras,
Pues por cualquier niñería
Faceys campaña la iglesia.

(*Del romancero del Cid.*)

El redactor en jefe de *El Combate* publicó en el número 27 de este importante periódico, un artículo titulado *Enfermedad piombinesca*, que comienza con estas precisas palabras: *No todo ha de ser dar contra el enemigo. Hay ocasiones en que conviene tomar las disciplinas para aplicarnos unos cuantos azoticos en las espaldas.* Estamos de acuerdo con el autor del párrafo trascrito, y entendemos que no sólo los redactores de periódicos deben hacerse cargo de la *enfermedad piombinesca* para tratar de estirparla, sino que todos sin excepción debemos llevar nuestro contingente para esa piadosísima obra de *regenaración mental.*

Aunque sabemos bien, que *muy superior á la caridad que consiste en dar, es la que consiste en comprender y soportar las humanas flaquezas,* como dice el Padre Luis Coloma, parécenos que no es esta la hora de poner en práctica ese precepto cristiano, porque la dolencia que combatimos, si no presenta todavía síntomas alarmantes, ofrece claros indicios de un monstruoso y prematuro desarrollo que convertiría en irremediable desgracia para este país una enfermedad que en nuestro sentir tiene cura si se le aplican á tiempo eficaces medicamentos. Por eso escribimos este artículo, y por eso volveremos á escribir otros más siempre que se presente en actitud amenazante la peste contagiosa conocida con el nombre de *vanidad humana.*

No queremos molestar á nadie con nuestras palabras dictadas por la verdad y por un sentimiento compasivo hacia los atacados de esa peste, y deben creer cuantos leen estos renglones que no entra en nuestros propósitos lastimar personalidades porque eso á nada conduce en los actuales momentos: hemos visto levantarse de repente en nuestras filas el fantasma de la vanidad, y justamente alarmados al contemplar esa aparición corremos presurosos á los exorcimos y al agua bendita para espantar ese espectro que se ha presentado en nuestro campo haciendo las más fieras muecas. Aquí estamos con toda nuestra buena fe y con todo nuestro espíritu caritativo desafiando las iras del fantasma.

El terrible sarcasmo de Cervantes cuando hace exclamar al hidalgo manchego: *Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro,* tiene muchísima aplicación en el presente caso. Imitando al andante caballero han exclamado como él algunos á quienes el amor propio ó el deseo inmoderado de alabanzas ha hecho perder la chabeta. Con dolor lo hemos visto y con más dolor aún lo confesamos: la *enfermedad piombinesca* se dió su asomadita en las filas del ejército revolucionario; más de alguna cabeza pensadora se dejó llevar de un despecho que tenía mucho de rebeldía y de reprimenda; y una voz que se decía ser la voz de la justicia siendo la voz de un mezquino resentimiento quiso hacerse aparecer como fiel representación de la verdad. Pero al momento reconocimos que aquello no era mas que un desahogo pueril, hijo de la vanidad, que muy poco significaba como protesta en favor de los buenos, leales y valerosos, y que importaba un mundo como señal inequívoca de una invasión amenazante: el flujo por las más groseras lisonjas.

Hubo en Nicaragua un enfermo grave que padecía la sed hidrópica de toda clase de alabanzas; que para oírlas día y noche arruinó el Tesoro público, y entregó las riendas del gobierno á los que rendían humilde acatamiento á sus bastardas aspiraciones: ese enfermo se llamó Roberto Sacasa. Para poner fin al dominio de la lisonja fué necesario que un pueblo se levantara con las armas en la mano y escarmentase al engreído soberano. Murió el enfermo, murió para la República, porque hoy no impera su voluntad en ninguna parte: el remedio fué heróico, pero se libró al país de infinitos males. Lo que hizo el pueblo nicaragüense con Roberto Sacasa lo hacemos ahora nosotros con todos nuestros amigos contagiados de la *enfermedad piombinesca*: nos levantamos contra ellos, con lo esperanza de verlos buenos y sanos para aplaudirlos y para quererlos más. En el alma sentiríamos que los laureles que han sabido conquistar en el campo de batalla perdiesen su brillo al contacto envenenador de la lisonja.

Como nos ha parecido muy eficaz para la curación de nuestros atacados el sistema empleado por el redactor de *El Combate,* vamos á seguir también nosotros su procedimiento. En forma de advertencias, ó de recetas mejor dicho, les aplicaremos á todos los dolientes las propias del caso.

Del poema de *El Cid* copiamos esto:



serviciosihnca@uca.edu.ni
2278-7317 Ext. 115
WhatsApp 5781-9244